

Número temático: Abordajes ¿novedosos? para el estudio de los movimientos estudiantiles latinoamericanos y caribeños en los siglos XX y XXI

Nicolás Dip*

Gabriela González Vaillant**

Presentación

En la actualidad, el campo de estudio sobre los movimientos estudiantiles de América Latina y el Caribe experimenta un proceso de expansión, donde confluyen trayectorias y ópticas disciplinares diversas, entre las cuales figura, con fuerte impronta, la historia social. Como suele ocurrir con los encuadres historiográficos y las teorías de las ciencias sociales sobre los movimientos sociales, los conceptos y marcos que se utilizan para interpretarlos a menudo se han visto interpelados por cambios significativos en las acciones de protesta colectiva. Aunque también se registra un proceso inverso, por el cual los propios patrones y disputas que signan a los campos de estudio condicionan el enfoque sobre los actores que se buscan indagar, priorizando miradas de ciertos movimientos por sobre otros, de ciertas formas de movilización por sobre otras, de ciertas dimensiones por sobre otras y de ciertas formas de reconstruir y narrar las experiencias por sobre otras.

Cuando se habla de abordajes “novedosos” en el estudio de los movimientos estudiantiles son necesarias la cautela y la precaución. Ninguna óptica y debate se produce en el vacío, sino dentro de un cúmulo de trabajos y diálogos previos que funcionan como base de aproximaciones más recientes. Incluso, es posible arriesgar que el campo de estudio problematiza de diversas maneras un conjunto de interrogantes que, tanto en el pasado como en el presente, siguen siendo cruciales: ¿en qué momentos, en qué lugares y por qué se han movilizad

* División de Historia, Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México.

nicolasdip@filos.unam.mx  <https://orcid.org/0000-0001-6565-7319>

** Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

gabriela.gonzalez@cienciassociales.edu.uy  <https://orcid.org/0000-0002-7970-4195>

diantes en tanto actores colectivos? ¿Cómo han hecho para enarbolar y hacer oír sus demandas? ¿Qué estudiantes se movilizan y cuáles no se movilizan? ¿Cuáles de sus demandas y voces son escuchadas y cuáles son silenciadas? ¿Cómo varían sus repertorios de acción en función del escenario educativo, político, social y económico en que se desenvuelven? ¿Cómo se han visto impactados los propios estudiantes por su participación en eventos de protesta y por su desenvolvimiento cotidiano en espacios organizativos? ¿Cómo se conectan las distintas protestas estudiantiles que ocurren en diferentes países de la región? ¿Cómo se relacionan estas experiencias con el pasado? ¿Y con el futuro?

Todo abordaje considerado “novedoso” no puede prescindir de esa serie de interrogantes que son de larga data en el campo de estudio, como lo demuestran las clásicas pesquisas sobre activismos estudiantiles de la sociología latinoamericana de los años sesenta y setenta, donde destacan las contribuciones de Marialice Men-carini Foracchi, Aldo Solari y Juan Carlos Portantiero, entre otros. A su vez, toda discusión sobre enfoques recientes debe asumir que la categoría de “movimientos estudiantiles de América Latina y el Caribe” ha sido un constructo potente, pero también en disputa. Potente, porque ha permitido reflexionar en ciertas particularidades geopolíticas vinculadas a vicisitudes y a ciertos derroteros compartidos, que muchos activistas estudiantiles han reivindicado y reclamado como propios en los siglos XX y XXI. Y en disputa, porque el concepto “movimiento estudiantil” es una referencia abierta y tan llena de tensiones, como de lugares comunes. En muchos casos, la categoría ha sido ajena al universo simbólico de identificación de los propios estudiantes movilizados. Además, en ocasiones se utiliza de manera laxa, equiparando movimiento, organización y protesta, como si cada dimensión implicara lo mismo.

En este marco, todo ejercicio de investigación reciente que proponga indagar facetas “nuevas” o visibilizar actores y procesos de movilización escasamente estudiados en el pasado, debe medirse con ejes transversales al campo de estudio sobre movimientos estudiantiles latinoamericanos y caribeños. Y se hace referencia a la transversalidad porque esos ejes no sólo deben permitir la identificación de problemáticas comunes y/o cruzadas entre diversos activismos a lo largo y ancho del continente, en el discurrir de los siglos XX y XXI, sino la discusión de los casos nacionales y locales, los cuales también son expresión de coyunturas diversas y heterogéneas, con antecedentes de movilización particulares y trayectorias específicas, muy a menudo con aspectos contingentes e inesperados.

Si bien la identificación completa de esos ejes transversales es una tarea colectiva que requiere contribuciones desde distintos escenarios de América Latina y el Caribe, en el actual campo de estudio se destacan tres nudos problemáticos que plantean controversias y dimensiones compartidas en las pesquisas contemporáneas sobre movimientos estudiantiles. Estos ejes han estado presentes, a veces explícitamente, a veces implícitamente, en diversos espacios interdisciplinarios de debate e intercambio sobre el estado actual de las investigaciones en torno a los movimientos estudiantiles en la región, ámbitos que sin duda nutren la presente reflexión.

Un primer eje está vinculado a las “historias y geografías” de los activismos estudiantiles. Esta dimensión invita a mirar y discutir el surgimiento, el auge y el declive de estas experiencias, sus latencias y permanencias, así como sus anclajes territoriales, sus locaciones y procesos de configuración, expansión o retraimiento y desarticulación. Además, este eje posibilita debatir cómo los movimientos estudiantiles se alimentan del pasado, pero también indefectiblemente poseen un presente y una proyección.

Esta área de discusión manifiesta cautelas y reparos importantes en la actualidad. Es innegable el peso que fechas emblemáticas, como 1908, 1918 y 1968, han tenido en las realidades latinoamericanas y caribeñas, en los centros educativos y en las identidades de los colectivos estudiantiles. Además, es claro que ciertos lugares del continente, por lo general, se identifican más fácilmente como epicentros de protestas y transformaciones significativas vinculadas a los movimientos estudiantiles de los siglos XX y XXI. Sin embargo, esto no debe hacer perder de vista la pluralidad de experiencias que signaron a esas fechas icónicas, además de cómo esos hitos fueron reinterpretados, apropiados y tensionados por los activismos estudiantiles más contemporáneos. También que es necesario explorar múltiples temporalidades que escapen a las fechas más emblemáticas y que colocan otros hitos relevantes (locales, regionales y nacionales) en las movilizaciones estudiantiles de América Latina y el Caribe.

Por otro lado, aunque gran parte de la producción bibliográfica sobre protestas estudiantiles se ha centrado en lo acontecido en las ciudades capitales de los países del continente, estamos atestiguando la emergencia de estudios que observan otros espacios y contemplan otras escalas, desde ámbitos locales (en conglomerados no capitalinos o en el medio rural) hasta dimensiones globales, con procesos de movilización transnacionales y hemisféricos. No obstante, quedan muchas áreas geográficas de la región, como los Estados andinos, América Central y el Caribe, que requieren más centralidad en las discusiones e intercambios. A esto se suma las circulaciones transnacionales de personas, ideas y artefactos por cartografiar en distintas zonas del continente, así como más momentos del arco temporal por sistematizar, por ejemplo, los albores del siglo XX y el período de entreguerras, por nombrar algunas referencias.

Un segundo eje para reflexionar en clave transversal sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos y caribeños puede definirse como “actores y grupos”, en alusión a la discusión sobre los distintos sectores que los componen y la necesidad de reconstruir sus diversas redes de socialización e identificación, más allá de representaciones homogéneas y trayectorias lineales. Los activismos estudiantiles están, por lo general y no necesariamente, compuestos por un gran contingente juvenil que los dota de una renovación año tras año, con identidades transitorias individuales y grupales, marcadas por adscripciones generacionales determinadas, pero también con un cúmulo de experiencias pasadas en lo organizacional, programático e identitario, que en ocasiones puede otorgar continuidad en lo colectivo, pero también tensiones y contradicciones con las tendencias más actuales.

Muy a menudo las fuentes y perspectivas utilizadas llevan a observar ciertos grupos dentro de los movimientos estudiantiles y trasladar sus discursos y realidades a la globalidad del colectivo, sin considerar las querellas, los conflictos y la pluralidad de vivencias que les son inherentes. En primer lugar, porque la condición de “ser estudiante” y de “ser activista estudiantil” implica cosas diferentes según la institución y los escenarios en que se desenvuelve. Además, varía en el tiempo, conllevando vínculos heterogéneos y versátiles con autoridades educativas, gobiernos locales y nacionales y otros actores políticos, sociales y culturales. Existen múltiples significados y disputas en torno al “ser estudiante” y al “ser activista estudiantil” que son importantes reconstruir.

En segundo lugar, porque los activistas estudiantiles de América Latina y el Caribe suelen (aunque no siempre) participar en numerosos espacios de socialización y militancia, diversificando las redes de actores que interactúan y las identidades que entran en juego en un momento y lugar dado. Ya desde los estudios clásicos de la sociología latinoamericana de los años sesenta y setenta, se ha señalado que los movimientos estudiantiles participan en numerosas esferas que trascienden ampliamente sus procesos de movilización y protesta particulares, como ámbitos de cogobierno universitario o lugares de coordinación con otros anclajes políticos o movimientos sociales más amplios.

En tercer lugar, porque existen diferentes niveles de compromiso y participación que deben contemplarse, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Muchas veces las voces y experiencias de los cuadros dirigentes, que son las que tienden a rescatarse, obstruyen e invisibilizan las de otras y otros actores que muy a menudo juegan un rol importante en los movimientos. Por esa razón, es fundamental poder examinar los procesos de movilización estudiantil en clave geográfica, de género, etnia y clase. A su vez, es relevante acumular más investigación sobre los activismos estudiantiles secundarios o de escuelas normales rurales, que sin duda han gozado de mucha menos atención que sus contrapartes universitarias, a pesar de contar con experiencias y protestas destacadas en su trayectoria.

Y, en cuarto lugar, porque los procesos de enmarcación de las demandas y los reclamos “hacia afuera” de los colectivos estudiantiles no necesariamente dan cuenta de los clivajes y los procesos de negociación “hacia adentro”. Los marcos que usualmente se imponen, visibilizan y se divulgan por parte de los medios de comunicación o en las construcciones de memoria más recurrentes, no logran reflejar la dimensión plural y heterogénea que es constitutiva de este tipo de movimientos. En este sentido, cada vez existen más esfuerzos por reconstruir colectivos estudiantiles de derecha y su intervención activa en los debates sobre educación, o corrientes dentro de los movimientos que resisten a la clasificación usual del espectro ideológico entre izquierdas y derechas. Incluso es acuciante reconocer que muchas veces las autodefiniciones ideológicas que realizan los actores por sí mismos no coinciden necesariamente con el tipo de prácticas y demandas que llevan adelante, generando tensiones entre el plano del discurso y la práctica.

El último eje para destacar en las discusiones sobre activismos estudiantiles en América Latina y el Caribe, está vinculado a las “epistemologías y métodos” que se emplean actualmente dentro del campo de estudio. Esta dimensión transversal abre un espacio de intercambio y debate profundo, dado que permite adentrarse en la forma en que se utilizan los conceptos *nativos* que esgrimen los propios estudiantes en sus prácticas y las categorías *analíticas* manejadas en su estudio; los aportes y limitaciones de la idea misma de *movimiento(s) estudiantil(es)*; así como sus vínculos con otros conceptos utilizados muchas veces de forma indistinta, como el de *organización estudiantil*, *política estudiantil* y *protesta estudiantil*.

Este nudo problemático permite también revisar visiones esencialistas y discutir los vínculos entre “ser estudiante” y otras adscripciones identitarias que usualmente se esgrimen, como pueden ser su edad, su clase o composición étnica y social (que no es ni aleatoria, ni equitativa). Los activismos estudiantiles nunca son el producto de factores meramente externos, pero tampoco su surgimiento, desarrollo y desenlaces obedecen únicamente a la voluntad de los propios actores. Existen trabajos que han puesto más énfasis en las dimensiones estructurales y estructurantes de los movimientos estudiantiles y otros que se focalizan más en las dimensiones estratégicas y las tomas de decisiones de los sujetos. Además, los momentos de disrupción y protesta estudiantil son álgidos en el acontecer de los movimientos, pero existe una dimensión cotidiana, más circunscrita a las vivencias privadas, que a menudo se invisibiliza y es una pieza clave para comprender su irrupción pública tras momentos de relativa quietud (a los ojos de observadores externos).

Como vemos, los supuestos y los métodos que se eligen para indagar a los movimientos estudiantiles no son productivos y valiosos en sí mismos, dado que iluminan algunas facetas por sobre otras (discursos, percepciones, prácticas, identidades y/o relaciones), algunas manifestaciones por sobre otras (resistencias locales, movimientos nacionales, regionales y/o globales) y a algunos objetos de estudio por sobre otros (eventos de protesta, organizaciones, movimientos, redes, frentes, etapas de reflujo y/o latencia).

En el marco de estas discusiones transversales al campo de estudio, el presente número temático se titula “Abordajes ¿novedosos? para el estudio de los movimientos estudiantiles latinoamericanos y caribeños en los siglos XX y XXI”, y parte de un llamado de atención porque en ocasiones existe una tentación de resaltar “novedades”, cuando en realidad parece más fructífero intentar encontrar esos grandes ejes de diálogo comunes que ya han sido transitados y en la actualidad exigen más rediscusiones y contribuciones desde distintos puntos de la región.

Por esta razón, el número temático reúne una serie de aportes que permiten problematizar las tres dimensiones transversales delimitadas precedentemente: “historias y geografías”, “actores y grupos” y “epistemologías y métodos”. Sus trabajos dan cuenta de una pluralidad de experiencias estudiantiles vinculadas a fechas icónicas, a la vez que abordan otras temporalidades y generan controversias con las delimitaciones más recurrentes. Además, se reunieron propuestas que

involucran el empleo de métodos disciplinarios heterogéneos para el estudio de las múltiples caras de los activismos estudiantiles. Por esta razón, también es una invitación a entrar en contacto con el variopinto grupo de actores que son parte de las movilizaciones colectivas, así como sus diversas dimensiones de estudio. No obstante, a la luz de los ejes planteados, queda claro que aún falta mucho camino por recorrer para consolidar un campo de estudio que sea capaz de abarcar tanto el sur, el centro y el norte, como el este y el oeste, de ese conglomerado geopolítico, social, económico y cultural complejo que se llama (no sin discusiones y reyertas) América Latina y el Caribe.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n24a01